

Para torear bien, hay que saber ligar y rematar las series de pases

Por ENRIQUE GUARNER

El domingo pasado los pocos aficionados que asistimos a la Plaza Monumental México, presenciamos tres actuaciones de corte distinto, que nos llevan a reflexionar sobre las bases del arte de torear. Por ello, el análisis de las faenas puede servir desde el punto de vista didáctico, para aquellos que no dominan todavía los elementos esenciales de la tauromaquia. En primer lugar, señalaré que Guillermo Capetillo, siempre ha constituido uno de los pocos toreros capaces de dejar huella en su quehacer. Esta es la razón por la que casi nunca pasa desapercibida su labor, que lo mismo puede ser aplaudida con gran entusiasmo como repudiada en extremo. Uno de los aspectos que ha despertado la contradicción, reside en que ha combinado la profesión de torero con la de actor de telenovelas, lo que provoca confusión en aquellos que deseáramos que tomara más en serio su carrera taurina. Como matador de toros, Guillermo Capetillo ha actuado en 27 ocasiones en el ruedo capitalino, y son contadas las veces en que ha triunfado en forma rotunda, pero cada una de estas faenas ha permanecido en el recuerdo y al contrario de lo que sucede con la mayoría de los toreros de los que ni siquiera nos molestamos en memorizar los nombres de los bureles que lidiaron, los de él suelen quedar en la retentiva.

Las principales faenas ejecutadas por Guillermo Capetillo, han sido las siguientes: la del 11 de febrero de 1990 ante *Canario* de Xajay, al que le produjera bonitos pases con profundidad. Posteriormente, al iniciarse la temporada 1991 que dirigiera el buen empresario que fue Curro Leal, vimos una actuación estupenda con *Molinero* de San Martín, con series perfectas y remates bien instrumentados. Tal vez por haberse tratado del primer toro que inauguró aquella temporada, el público no prestó la atención que se debía al fenomenal trasteo. También recuerdo, como muy buena, la tercera actuación de Capetillo el 17 de noviembre del mismo año ante *Talismán* de don Jorge Barbachano que era un toro con toda la barba. Sin embargo, el momento cumbre de Guillermo fue el faenón increíble que le cuajó a *Gallero* de Cerro Viejo, una de las poquísimas ocasiones en que el rabo que se concedió fue absolutamente merecido.

Desafortunadamente, después de aquel triunfo, el diestro y su apoderado exigieron a Rafael Herrerías, que se le incluyera en cuatro corridas consecutivas, en las cuales fracasó sin remedio, así como en las pocas que posteriormente participó. Es por eso que hoy en día, Guillermo Capetillo,

está fuera de sitio, y aunque de repente surja un pase templado acompañando a su enemigo, los siguientes no se ligan y se produce una faena tan deficiente como la que le vimos el domingo a *Vencedor* de Montecristo.

El buen aficionado debe pensar que a los tres requisitos fundamentales para torear que son: parar, templar y mandar, cargando la suerte; debemos agregarle el que los pases se liguén, o sea, que ocupen un lugar exacto y preciso, uniéndose entre sí. Este aspecto, jamás sucedió en el trasteo ejecutado por Capetillo. Si a lo anterior le agregamos la estocada baja con la que mató, diremos que el premio obtenido de la oreja, no puede servir para enderezar una carrera de un diestro que ya cumplió los 42 años de edad.

En cuanto al debutante de Valladolid, David Castro Luiguillano, diré que es uno de esos toreros a los que se denominan *de sabor*, o sea, que provocan un efecto agradable en el aficionado como ocurre con los buenos guisos sazonados a nuestro gusto. El ser un torero con gran personalidad y sello, y aunque torear a un solo burel a base de detalles y mando, nos dejó profunda huella. Además, fue el único que engarzó perfectamente los pases ligándolos entre sí y rematándolos con los de pecho o las trincheras, y aunque pinchara en lo alto y metiera la espada en el segundo intento, merecía la oreja.

Manifiestaré por último, que le veo porvenir a Miguel Lahoz, diestro alternativado en 1995, y que ya el 2 de marzo de 1997 cuajara dos excelentes tandas de naturales a un burel de Rancho Seco. En la corrida efectuada el domingo, estuvo todavía mejor, ligando las series en redondo con la derecha y la izquierda, que mostraron limpieza y largura. Su único defecto fue el no saberlas rematar, epilogando el conjunto de pases con el obligado de pecho. Miguel mostró el defecto de sacarse el burel hacia el terreno de afuera, despidiéndolo a distancia de su región pectoral, o sea, que al echárselo hacia el terreno de afuera, no lo mandaba y lo colocaba para la serie siguiente. Los bureles de Montecristo lidiados el domingo, no tuvieron de ninguna manera un gran trapío, siendo apenas justos, pero el buen aficionado tiene que estar contento porque dos de los astados, dieron un juego magnífico, ellos fueron el tercero y el quinto. En conjunto, esta corrida nos deja la posibilidad de ofrecer una lección didáctica para los espectadores que necesitan aprender a ver toros.